



Ricardo Soca

**LA FASCINANTE  
HISTORIA DE LAS PALABRAS**

**INTERZONA**







Ricardo Soca

**LA FASCINANTE HISTORIA  
DE LAS PALABRAS**

**INTERZONA**

**INTERZONA**

---

Soca, Ricardo

La fascinante historia de las palabras. - 1a ed. - Buenos Aires :  
Interzona Editora, 2011.  
224 p. ; 24x18 cm.

ISBN 978-987-1180-74-5

1. Semántica. 2. Etimología. I. Título  
CDD 462

---

Fecha de catalogación: 31/05/2011

© Ricardo Soca, 2011

© interZona editora, 2011  
Pasaje Rivarola 115  
(1015) Buenos Aires, Argentina  
www.interzonaeditora.com  
info@interzonaeditora.com

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Diseño de tapa y composición: Hugo Pérez

Foto de tapa: Shutterstock

Corrección: Dra. Norma Tow

Coordinación: Mariel Mambretti

ISBN 978-987-1180-74-5

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

Libro de edición argentina

Venta prohibida fuera de la República Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del autor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

## PRÓLOGO

**D**e igual manera que en una vida –lo aprendemos con los años– caben muchas vidas, también en una palabra caben muchas palabras. Toda palabra, por mucho que hoy la usemos con la despreocupación que da lo cotidiano, arrastra consigo, en realidad, una historia milenaria de cambios, evoluciones y mutaciones; de aventuras y viajes; de odios y amores; de conquistas, luchas e invasiones; de contactos culturales e intercambios comerciales; de olvidos, desapariciones, y reapariciones.

Como sucede con otros milagros cotidianos, la fuerza de la costumbre hace que muchos hablantes hayan perdido ya la capacidad de asombro y fascinación ante el milagro del lenguaje, que hoy ya sólo nos deslumbra, maravilla y embelesa cuando, al comienzo de la vida, el bebé va adquiriendo, con esfuerzo y placer, las primeras palabras: *mamá, papá, tete, agua, nene, no*. Pero esta fascinación de los padres ante las primeras palabras de su hijo dura poco. En seguida nos dejamos ganar por el tedio de la rutina, el encanto de lo nuevo se desvanece, y nadie se admira más de que ese mismo niño, luego adulto, siga adquiriendo de forma constante, y por millares, nuevos vocablos que le permiten expresar el mundo que percibe a su alrededor, los sentimientos que brotan en su interior, y las ideas y pensamientos que elabora.

Un modo seguro de recuperar la fascinación por el lenguaje, más allá de los primeros balbuceos del bebé, es pedir a las palabras que nos hablen de su origen y de su historia. De eso trata este libro. Y digo que es modo seguro porque resulta imposible conocer la historia de las palabras y no amarlas. Buena prueba de ello es el propio Ricardo Soca. Basta echar un vistazo a sus notas etimológicas para advertir en este periodista uruguayo, carioca de adopción, a un enamorado de las palabras. A un *filólogo*, podríamos decir en puridad etimológica; pues las raíces griegas *phyllos* y *logos* nos demuestran que, antes de convertirse en los cargantes sabiondos rodeados de libracos polvorientos que hoy conocemos, los *filólogos* hubieron de ser logófilos empedernidos y hubieron de estar apasionadamente enamorados de las palabras, amartelados con los vocablos, encelados con el idioma. Logófilos empedernidos serán asimismo, a ciencia cierta, buena parte

de los lectores atraídos por este libro. Y, lo que es más importante, logófilos llegarán a ser –estoy convencido de ello–, muchos otros lectores que tal vez por mera curiosidad hayan tomado este libro del anaquel de la librería, pero que habrán de sentirse luego atrapados por la fascinante historia de las palabras.

Y es que *La fascinante historia de las palabras* lo es de veras. Soca se vale de la etimología, disciplina que se ocupa del origen de las palabras, para llevarnos de viaje por tierras remotas –remotas en la distancia o en el tiempo– y presentarnos a grandes personajes de la historia o a figuras anónimas de todos los tiempos que, sin ellos ni nosotros sospecharlo, acuñaron las palabras que hoy empleamos y sentimos propias.

Hojeando las páginas que siguen aprenderemos –o, en el caso de lo más eruditos, recordaremos– que el *alcohol* y la *belladona* guardan íntima relación con la historia de la cosmética y la belleza femenina; que nada menos que Pablo de Tarso, el apóstol de los gentiles, está en el origen mismo de la voz *adefesio*; que para los etruscos –y para nosotros con ellos–, los *adivinos* eran hombres divinos. Aprenderemos que el nombre del *edredón*, como su uso, nos vino de la fría Escandinavia, y, de modo parecido, el nombre del *ajedrez*, como el mismo juego, nos vino de la lejana India; la misma lejana India que nos ha dado también, más modernamente, palabras como *champú* o *pijama*.

Conoceremos personajes insólitos: ¿quién fue esa princesa Berenice que prestó su nombre a nuestro *barniz*? ¿Sabías acaso, lector, que un instrumentista vienés bautizó al *acordeón*, un químico alemán a la *aspirina*, un economista francés a la *burocracia*, un médico poeta italiano a la *sífilis*, y un navegante cartaginés al *gorila*?

Descubriremos docenas de otras historias notabilísimas más que las palabras llevan consigo: Aristóteles, casi cuatro siglos antes de Cristo, usó ya el término *católico*; el nombre de la *cerveza* lo tomaron prestado los romanos de los galos; los copistas medievales usaron ya en sus escritos el signo @, que hoy nos parece tan moderno e internético; el *armiño* tomó su nombre de Armenia, pese a que, como es bien sabido, en Armenia no hay armiños; en la Grecia clásica, Anfitrión tuvo en su casa un invitado de lo más indeseable; la designación del *tulipán* procede no de Holanda, como cabría pensar, sino de Turquía; las Bahamas son en realidad las islas de la Bajamar; los *duendes* de Gonzalo de Berceo eran muy distintos de los nuestros; la *hamburguesa*, como su propio nombre bien claramente indica, no viene de los Estados Unidos. En el siglo XVII, los españoles llamaban *corsarios* a los *filibusteros* franceses y a los *bucaneros* ingleses, todos ellos *piratas*. Las afortunadas islas Canarias recibieron su nombre de un animal muy abundante en ellas, que no es el canario. Cuando hoy un niño se traba y dice, con su lengua

de trapo, *murciégalo* en lugar de *murciélago*, o *crocodilo* en lugar de *cocodrilo*, en realidad está llamando a estos animales por su verdadero y primitivo nombre.

El estudio del origen de las palabras nos depara, asimismo, sorpresas de lo más curioso. Según la etimología, una *televisión* es lo mismo que un *telescopio*; los varones somos, por definición, inmunes a las crisis de *histeria*; los soldados de *infantería* no pueden hablar jamás; el *trabajo* es siempre una tortura, e igual da un *zar* ruso, que un *káiser* alemán o un *césar* romano. Desde el punto de vista etimológico, el *hígado* viene del *higo*, el *rosario* de la *rosa*, el *salario* de la *sal*, y el *verdugo* del color *verde*, sí, pero los *coroneles*, en cambio, nada tienen que ver con las *coronas*. Y las *boticas*, tan serias y farmacéuticas ellas, son, por su origen, primas hermanas no sólo de las borrachuelas *bodegas*, sino incluso de las finas y elegantes *boutiques* de moda.

¿Quién hubiese imaginado todo ello en este libro? Y así, medio millar de historias más.

Con todo, Ricardo Soca no ha hecho más que empezar. La increíble riqueza de nuestra lengua –de todas las lenguas– ofrece un campo inmenso de trabajo para la labor curioso-etimológica. Aventuro y deseo, pues, larga vida a *La palabra del día* en la internet, y, con ella, varios tomos recopilatorios más a modo de continuación de este que ahora, lector, sostienes en la mano. Curiosidades etimológicas, desde luego, no habrán de faltarle al autor para mantenerse ocupado durante los próximos años. A modo de botón de muestra, y para facilitarle la tarea, aquí va una sugerencia para iniciar el segundo tomo de *La fascinante historia de las palabras*: porque, vamos a ver, ¿no es acaso sorprendente que al material con que escriben niños y maestros en encerados y pizarras lo llamemos en España ‘tiza’ (que es palabra nahua –de origen puramente mejicano, pues–, pero que hoy nadie usa en Méjico), mientras que en Méjico lo llaman ‘gis’ (que es palabra de origen latino, muy anterior al nacimiento del español como lengua, pero que hoy nadie entiende en España)?

FERNANDO A. NAVARRO

Médico, traductor médico y etimólogo,  
autor del *Diccionario crítico inglés español de medicina*,

Madrid, McGraw Hill, 2000 y de

*Parentescos insólitos del lenguaje*, Madrid, Ediciones del Prado, 2002.





## PREFACIO

**D**esde que tengo memoria, las palabras y sus matices me han fascinado como un fenómeno mágico, objetos que aprendí a amar, disfrutar y acariciar. Creo que todavía no sabía leer cuando alguien me dijo que las palabras que usamos cada día nos acompañan en algunos casos desde hace miles de años. No sabía qué significaba «miles de años», pero recuerdo que esa idea me impresionó mucho, aunque me tomó algunos años entender cabalmente su sentido.

Las palabras son música cargada de significado. Con algunas variaciones propias de su antigüedad, los términos que usamos son los mismos que un día pronunciaron los sacerdotes babilónicos, los guerreros persas, los faraones egipcios y los sabios griegos. Cuando expresamos un juramento de amor, aunque no lo pensemos y ni siquiera lo sepamos, estamos usando casi las mismas palabras que algún día, ya olvidado en la noche de los tiempos, probablemente hayan usado Paris y Elena, Marco Antonio y Cleopatra o Dante y Beatriz.

Cuando gritamos de rabia o de dolor, no importa en qué lengua lo hagamos, recurrimos a vocablos que un día fueron gritados por un guerrero asiático, tal vez desde el loo de un elefante, por un soldado espartano bajo la espada enemiga o por un legionario romano en los confines del Imperio.

Acompañar paso a paso la historia de las palabras a través de siglos y milenios, recorriendo continentes, cruzando océanos y visitando civilizaciones extintas, cuya memoria permanece semioculta a veces bajo las brumas del Neolítico, es seguir de cerca la propia aventura humana y la evolución cultural de nuestra especie, una experiencia emocionante que los invito a emprender a través de estas páginas.

El *Breve Diccionario Etimológico* de Joan Corominas y el *Crítico Etimológico* de Corominas-Pascual fueron la base que usé para dirimir discrepancias y aventar dudas, pero utilicé una amplia bibliografía que está detallada al final de este libro y de la cual me permito destacar las obras más usadas: *Encyclopaedia Britannica*; el *Dictionary of Word Origins*, de John Ayto; *Origins*, de Eric Partridge; el *Dictionnaire d'Étymologie*, de Jean Dubois, Henri Mitterand y Albert Dauzat y

*Parentescos Insólitos del Lenguaje*, de Fernando A. Navarro. También pude extraer muchos datos del *Dictionnaire de la Mythologie Grecque et Romaine*, de Pierre Grimal y de la versión al portugués de *The Middle Ages: a concise encyclopaedia*, de Henry Loyn.

También me resultaron de gran utilidad *A Dictionary of Selected Synonyms in the Principal Indo-European Languages*, de Carl Darling Buck, el *American Heritage Dictionary of Indo-European Roots* y el antiguo *Mots dérivés du Latin et du Grec*, de Irénée Carré, publicado en 1915.

A lo largo de este trabajo, que todavía continúa, he recibido el apoyo de numerosas personas interesadas en el proyecto, a las cuales hago llegar mi reconocimiento.

En especial, deseo expresar aquí mi gratitud a mi amigo Fernando Remiro Sanz, de Cádiz, que lo sabe todo sobre la normativa del español y sin cuya contribución, sapiencia y esfuerzo este trabajo habría resultado mucho más imperfecto. Fernando no sólo fue un corrector de eficiencia impecable, sino además participó por su propia iniciativa en la investigación de algunas palabras.

No puedo dejar de mencionar a Léon Sternberg, un humanista de fuste radicado en Bélgica, cuyas oportunas observaciones me permitieron muchas veces corregir o evitar errores de griego o latín, lenguas que conozco muy superficialmente.

Quiero agradecer también a mis compañeros del Foro Cervantes, en la internet y a los más de 100.000 suscriptores de *La palabra del día*, de quienes durante los últimos dos años recibí docenas, o tal vez centenas de sugerencias, muchas de las cuales fueron acogidas en este texto.

Debido al estimulante interés de los lectores, no tengo planes de suspender los envíos de *La palabra del día*, de manera que me veo en la grata obligación de seguir investigando y trabajando sobre nuevas palabras.

RICARDO SOCA  
Río de Janeiro, junio de 2004



## ABADEJO

En el Nuevo Testamento la palabra *ab*, que en arameo significa ‘padre’, aparece enfatizada con la grafía *abbá*, es utilizada como una exhortación al principio de la oración (‘padre, padre mío’) y siempre va acompañada de su equivalente griego: ‘Abbá, Padre; aparta de mi este cáliz’.

Así, el término *abbá* se convirtió para los católicos en una invocación al Dios Padre, mientras que para los cristianos coptos y sirios *Abba* es el título del patriarca de los obispos, una especie de Papa. En la cábala, *Abba* es el principio original simbolizado por la Corona.

En los primeros siglos del cristianismo, *Abba* fue tomado del Evangelio con el significado de ‘padre’ para formar, en el latín eclesiástico de la Edad Media, la palabra *abbate*, usada para designar a los religiosos responsables de un monasterio o abadía, por similitud al término usado para denominar a otros religiosos a los que se les llamaba ‘padre’. Posteriormente, pasó al francés como *abbé* y al español como ‘abad’.

De ‘abad’ se derivó el nombre del pez de la familia del bacalao conocido como **abadejo** (*Pollachius pollachius* el de Europa y *Theragra chalcogramma* el del Pacífico), aunque no se sabe con certeza cómo ocurrió esa derivación. Hay quienes dicen

que alguien (ciertamente muy imaginativo) habría visto en ese pez cierta semejanza con un pequeño sacerdote vestido con su sotana, por lo que el animal se llamó **abadejo**, diminutivo de ‘abad’. Sin embargo, parece más verosímil la versión sostenida por Corominas, quien afirma que la acepción ‘pez’ de **abadejo** debe haber surgido como una variación de *curadillo* (bacalao seco), que se entendió como derivado de ‘cura’, en el sentido de sacerdote, aunque en realidad provenía de ‘cura’, con el significado de ‘curar’ o preparar con sal.

## ABROJO

Se trata de una planta silvestre cuyo fruto tiene forma esférica y está armado con fuertes púas que suelen lastimar los pies de los campesinos que caminan descalzos por el campo.

En la Antigüedad, usar calzado era un lujo que sólo podían darse los ricos o los que, por lo menos, disfrutaban de alguna holgura financiera. Esto es verdad aún hoy en muchos países, donde las enfermedades que se transmiten por heridas abiertas en los pies son comunes en las zonas rurales.

En el Imperio Romano, los campesinos que vivían en zonas en las que abundaban los abrojos recibían la advertencia ‘*aperi oculos*’ (abre los ojos), quizás no tanto por

preocupación por la salud de los labriegos como por temor de los propietarios rurales de verse privados de mano de obra barata.

Con el tiempo, el español abrevió la advertencia de *'aperi oculos'* a un más simple *abrojo*.

### ABSURDO

Proviene de *absurdus*, palabra con la que los latinos calificaban todo aquello que fuera 'contrario a la razón, disparatado o irracional'. Este vocablo, que era usado en alto latín para designar los sonidos desagradables al oído, se formó mediante la partícula *ab* (de), y el adjetivo *surdus* (sordo).

Como vemos, la palabra usada inicialmente para referirse a una deficiencia de la función auditiva, la sordera, fue adquiriendo otros significados, tales como 'desagradable, disparatado, inepto o inútil'.

Esta curiosa referencia metafórica al sentido del oído para referirse a funciones intelectuales ocurre en español también en otras palabras, como en **discrepar\***; un caso analizado en el artículo correspondiente.

*Absurdum es cosa indigna aborreçible Et fea*  
(Alfonso de Palencia, *Universal vocabulario de latín en romance*, 1490).

### ABULIA

*Falta de voluntad o disminución notable de su energía.*

Proviene del griego *aboulia*, y éste de *boulé* (voluntad, deliberación, consejo). En el año 507 antes de nuestra era, el legislador ateniense Clístenes creó un nuevo consejo deliberativo de los ciudadanos atenienses que se llamó *Boulé de los 500*, que un siglo más tarde

inspiraría la Asamblea (*ekklesia*) de todos los ciudadanos. Con el prefijo privativo *a-* se indica el decaimiento de la voluntad. Por más que **abulia** sea palabra usada frecuentemente para estados de decaimiento del ánimo, normales y pasajeros, es usada también en medicina para designar condiciones patológicas de salud física o mental que dejan a un individuo imposibilitado de tomar decisiones o de actuar en la vida. Esta palabra apareció por primera vez en el Diccionario de la Real Academia en la edición de 1914.

### ACADEMIA

*Sociedad científica, literaria o artística establecida con autoridad pública. Reunión de los académicos. Lugar donde se reúnen los académicos. Establecimiento docente de carácter profesional, artístico o técnico. Escuela filosófica idealista fundada por Platón* (DRAE).

*Akadosmos* –inicialmente *Hekadosmos*– era un nombre griego formado por *hekás* (lejano, distante) y *demos* (pueblo), por lo que *Akadosmos* significaría 'el que actúa independientemente del pueblo'.

Según cuenta una leyenda griega, la bella Helena, hermana de los gemelos Cástor y Pólux, fue secuestrada por Teseo y el héroe ateniense Akadosmos les reveló el lugar exacto donde estaba escondida y así pudieron liberarla. Como muestra de gratitud, Cástor y Pólux le regalaron una mansión situada en las afueras de Atenas.

A su muerte, Akadosmos legó la mansión a la ciudad, y en ella se creó un jardín público que se conoció como los 'jardines de Akadosmos'; lugar donde muchos años más tarde Platón se instalaría con sus discípulos en lo



que con el tiempo se dio en llamar *Akadémeia*.

Este nombre fue retomado en el siglo VIII por Carlomagno, quien formó en su corte un grupo de eruditos al que llamó 'Academia'.

Tal denominación fue adoptada posteriormente por grupos de universitarios, científicos e investigadores y cobró auge a partir del Renacimiento, primero en las cortes italianas y luego en otros lugares de Europa.

### ACORDEÓN

*Instrumento musical de viento, formado por un fuelle cuyos dos extremos se cierran por sendas cajas, especie de estuches, en los que juegan cierto número de llaves o teclas, proporcionado al de los sonidos que emite* (DRAE).

El instrumento musical de viento fue inventado en 1829 por un músico vienés llamado Kiril Damian. El creador dio ese nombre al instrumento (en alemán, *akkordeon*) porque está dotado de un sistema de teclas que le permiten tocar 'acordes', o sea, varias notas que suenan al mismo tiempo en forma armónica. La palabra 'acorde', por su parte, expresa esa exigencia de que los sonidos estén en armonía o 'de acuerdo' entre sí, y deriva del latín *accordare* (ponerse de acuerdo), aunque llegó al español a través del francés con la palabra *accorder*.

Aquel papelito diminuto que algunos estudiantes llevan escondido para copiar en los exámenes tiene diversos nombres según las regiones; así, en México y algunos países de América Central y el Caribe se llama 'acordeón'. A veces, confeccionar ese peculiar artificio es más trabajoso que estudiar. Le viene dado el nombre porque, para poder esconderlo mejor, los jóvenes 'acordeonistas'

lo doblan en muchas partes iguales a modo de zigzag, como el fuelle de un acordeón.

### ACOSAR

Significa 'perseguir, sin dar tregua, a un animal o una persona', pero en los últimos años del siglo XX, surgió el fenómeno del 'acoso sexual', que se define como 'aquel que tiene por objeto obtener los favores sexuales de una persona, cuando quien lo realiza se halla en posición de superioridad respecto de quien lo sufre'.

El acoso sexual es sin duda tan antiguo como la Humanidad, pero saltó a las primeras planas de los diarios y a los noticieros de actualidades con la emancipación de la mujer, que hoy participa de igual a igual con el hombre en el mercado de trabajo y hace valer sus derechos como nunca había podido hacerlo antes.

Sin embargo, el acoso sexual es una carretera de doble sentido, de manera que también los hombres pueden ser víctimas de sus superiores jerárquicas, tal como se muestra en la película *Acoso sexual*, con Michael Douglas y Demi Moore.

El sustantivo **acoso** sólo llegó al español en la primera mitad del siglo XX, aunque el verbo **acosar** ya se usaba en nuestro idioma desde el siglo XV.

Proviene del castellano antiguo *cosso*, que significaba curso o carrera y que, a su vez, derivaba del latín *cursus*, con el mismo significado, procedente de *currere* (correr).

### ADEFESIO

**Adefesio** se deriva de la antigua locución adverbial del mismo significado *ad Efesios*, que

a su vez proviene de las palabras latinas *ad Ephesios* (a los habitantes de Éfeso), nombre de una epístola de San Pablo en la que se aludía a las penalidades sufridas por el santo durante su peregrinación a esa ciudad del Asia Menor.

Durante el tiempo que permaneció en Éfeso, San Pablo corrió peligro y en una ocasión estuvo a punto de ser muerto por el populacho, que era incitado por mercaderes que vivían del culto a Diana Artemisa.

El *Diccionario Histórico de la Real Academia* se hizo eco de una leyenda etimológica según la cual un sacerdote que iba a leer una de las epístolas a los corintios tomó por error la que San Pablo había dirigido a los efesios. Según esta creencia, hoy descartada, habría sido ésa la razón por la cual las afirmaciones equivocadas se llamaron ‘adefesios’.

### ADIVINAR

«Predecir lo futuro o descubrir lo oculto, por medio de agüeros o sortilegios. Descubrir por conjeturas algo oculto o ignorado. Acertar lo que quiere decir un enigma. Acertar algo por azar. Vislumbrar, distinguir». Hasta aquí, la definición del Diccionario de la Real Academia, aunque con relación a la tercera acepción creemos que los enigmas se descifran, no se adivinan.

Los romanos creían que el poder de la adivinación era otorgado por los dioses a hombres privilegiados por ellos, los arúspices (del etrusco *haru* [entrañas], con el verbo latino *spicio* [mirar]), así llamados porque examinaban las entrañas de las víctimas. Era una vieja creencia etrusca que los romanos heredaron, aunque se cree que fuera

mucho más antigua, probablemente de la llegada de los pueblos indoeuropeos a la Península Itálica. Por el don que los dioses le concedían, un arúspice era también un *homo divinus*, y más tarde simplemente *divinus*. En los primeros siglos de desarrollo del español se registra la palabra ‘divino’ con este sentido.

En el siglo XIII, en los poemas de Berceo, el autor más destacado de las obras devotas conocidas como Mester de Clerecía, ya se utilizaba el verbo *divinar*, que a fines de ese siglo aparece como *adivinar*, en la obra *Gran Conquista de Ultramar*. El vocablo, tal como lo conocemos hoy, sólo surge en el siglo XVI.

### ADOLESCENCIA

La Organización Mundial de la Salud (OMS) define la adolescencia como «el período de la vida que transcurre entre los diez y diecinueve años de edad». Constituye una fase de desarrollo psico-socio-somático que está situado entre la infancia y la edad adulta.

La palabra **adolescencia** proviene de la raíz indoeuropea *al-* (nutrir, crecer), de la cual se derivó la voz latina *alere* (nutrir, alimentar), que a su vez dio lugar a *alescere* (crecer, aumentar). A partir de *alescere*, unida al prefijo *ad-*, se formó el verbo *adolescere* (crecer, desarrollarse); y, por último, del participio presente de este verbo, *adolescens, -entis* (el que está creciendo), se formaron en el siglo XIII las palabras francesas *adolescent* y *adolescence*, que muy pronto llegarían al español como **adolescente** y **adolescencia**, respectivamente. Unos dos siglos más tarde se incorporaron al inglés *adolescence*, al portugués *adolescência* y al italiano *adolescenza*.

La palabra **adulto** también se deriva del verbo *adolescere*, más precisamente de su participio pasivo *adultus* (el que ha crecido), y fue incorporada a nuestra lengua a finales del siglo xv.

## AFORISMO

Es una ‘sentencia breve que se da como regla, resumiendo algún conocimiento esencial’ o ‘una reflexión filosófica o una máxima que se da como guía en una ciencia o arte’.

**Aforismo** proviene del sustantivo griego *horos* (mojón), del cual se deriva el verbo *aphorizein* (separar, definir), y de éste, el sustantivo *aphorismós* (definición).

Los primeros aforismos fueron los principios médicos expresados por Hipócrates (460-377 a. de C.), como el que sigue:

*Las enfermedades son crisis de purificación, de eliminación tóxica. Los síntomas son defensas naturales del cuerpo. Nosotros las llamamos enfermedades, pero en realidad no son sino la curación de la enfermedad. Todas las enfermedades son una misma, y su causa es una misma en todas ellas, aunque se manifiestan por medio de diferentes síntomas, de acuerdo con la determinada parte del cuerpo en que aparezcan.*

En el ensayo *Aforismos y conocimiento*, de Carlos Enrique Berbeglia, se dice que los aforismos «no dan pie a la duda, promueven la acción gracias a la certeza que imprimen, establecen claras demarcaciones de género, raza, clase social, etc., permiten la reflexión del lector pero en forma circular y no necesitan ser demostrados». Es la diferencia que

existe entre estos dichos y los refranes, que son sentencias a veces metafóricas de uso más común que los aforismos.

Otro derivado de *aphorizéin* es *aphorisma* (objeto puesto aparte), de donde proviene la palabra española *aporisma* incluida en el Diccionario de la Real Academia desde su primera edición en 1726 con el significado de ‘tumor que se forma en los animales entre el cuero y la carne’. En esta palabra se originó el cubanismo *apolismar*, que significa ‘lastimar, magullar’, como figura en el *Diccionario de voces cubanas* de Esteban Prichardo (1836).

## ÁFRICA

Los griegos dividían el mundo en tres partes: Europa, Asia y Libia. En esta división, que haría las delicias del coronel Gadafi, Libia abarcaba toda el área que los griegos conocían del continente negro. Sin embargo, en tiempos de Herodoto ya se distinguía entre Libia (aproximadamente con su territorio actual), Egipto y Etiopía, que eran las partes del continente conocidas por los europeos. Las dos primeras estaban habitadas por hombres blancos, mientras que Etiopía se describía como un ‘país de hombres de estirpe divina, de rostro quemado y profunda sabiduría’.

Según algunos geógrafos y etimólogos, el nombre actual **África** le habría sido dado al continente por los romanos, que lo tomaron del término *Afri*, nombre de un pueblo sobre el cual nada sabemos. Los conquistadores romanos llamaron *Africa Vetus* (África vieja) al territorio de Cartago, una vez que lo hubieron reducido a provincia, y *Africa Nova* (África nueva) a Numidia.

Finalmente, el comentarista romano Servio Honorato, quien estudió a Virgilio en el siglo IV de nuestra era, planteó una hipótesis según la cual el nombre del continente provenía del latín *aprica* (soleado) o del griego *aphrike* (sin escalofríos).

### AFRODISÍACO

Este sustantivo se aplica a las sustancias que tienen la propiedad de estimular el apetito sexual.

Los griegos ya conocían el efecto de algunas hierbas como estimulantes sexuales y hacían con ellas infusiones que llamaron *aphrodisiakós*. El vocablo surgió del nombre de la divinidad Afrodita, la hija de Zeus y Dione y amante de Adonis, diosa del amor erótico.

Según otra tradición, Afrodita sería hija de Urano, cuyos órganos sexuales, extirpados por Cronos, cayeron al mar y engendraron a la diosa, que por eso se llamó 'nacida de las olas'.

En Roma, Afrodita fue identificada con la antigua divinidad latina Venus, de la cual la pretendía descender la gens *Iulia*, a la que perteneció Julio César.

A pesar de que la palabra griega tiene más de 2.500 años, el primer registro de *afrodisiaco* que se conoce en castellano data de 1867.

### AGOSTO

La historia de este mes se remonta a más de dos mil años atrás, cuando **agosto** adquirió ese nombre debido a las ambiciones del emperador romano Cayo Julio César Octavio, conocido como Octavio Augusto, quien no quería ser menos que su predecesor y padre adoptivo Julio César.

En el antiguo calendario romano, el año comenzaba en marzo y el sexto mes se llamaba *Sextilis* pero, en el año 24 antes de nuestra era, Octavio Augusto decidió darle su nombre y desde entonces *Sextilis* se llamó *Augustus*. Octavio imitaba así al ya fallecido Julio César quien, veintiún años antes, había hecho lo mismo con el quinto mes, hasta entonces llamado *Quinctilis* y que con él pasó a llamarse *Iulius* en homenaje a la familia *Iulia*, a la que pertenecía.

Pero dar su nombre a *Sextilis* le pareció poco a Octavio, quien consideraba que aún no había alcanzado la misma gloria que Julio César, ya que *Iulius* tenía 31 días y *Augustus*, sólo 29. Por esa razón, el emperador alteró la duración de varios meses, quitando y poniendo días, hasta lograr que 'su' mes tuviera 31 días. Es por eso que aún hoy, dos mil años después, julio y agosto tienen 31 días cada uno.

Cabe recordar que los miembros de la familia *Iulia*, a la que pertenecían Julio César y, por adopción, Octavio Augusto, creían que esta gens o familia había sido fundada nueve siglos antes por Iulo (Ascanio para los griegos), hijo de Eneas y nieto de la diosa Afrodita, según se narra en *La Eneida* (v. latino\*).

### AGUINALDO

Es un regalo que se da en Navidad o, en algunos lugares, un villancico navideño o, aun, la remuneración adicional que los trabajadores suelen cobrar a fin de año, y que se origina en los regalos que desde muy antiguo se intercambian en esa época del año, cuando se reafirman las amistades y se afianzan los lazos



familiares. Es una forma de expresar y compartir con los seres queridos la renovación de las esperanzas para el nuevo año.

Esta voz se registra en español desde el año 1400, como una deformación de la antigua *aguinando* o *aguilando*, esta última usada aún hoy en Andalucía, y deriva de la expresión latina *hoc in anno* (en este año), que se empleaba como estribillo en canciones populares de fin de año.

A pesar de que su uso como remuneración del trabajo es muy común en América, el Diccionario de la Real Academia no registra esa acepción.

## AJEDREZ

El nombre del antiquísimo juego del ajedrez es un buen ejemplo, entre tantos otros, de una palabra que ha evolucionado junto con la Humanidad a lo largo de milenios, durante los cuales recorrió las más variadas tierras, eras y culturas, modificándose por influjo de incontables lenguas hasta llegar a los idiomas modernos.

La invención del juego-ciencia ha sido atribuida en diversas épocas a griegos, romanos, persas, escitas, egipcios y árabes y, ciertamente, todos esos pueblos lo conocieron. Sin embargo, en la actualidad hay razonable consenso en que el ajedrez surgió en el Indostán, en época no determinada con certeza pero ciertamente muy remota. Inicialmente, se le conoció como *chaturanga*, en referencia a las cuatro alas (*angas*) del ejército indio: elefantes, carros, caballos e infantería.

Desde la India, el juego se difundió hacia China, Corea y Japón y, en el Occidente,

hacia Rusia, de donde saltó a Escandinavia, Alemania y Escocia; pero esta vertiente del ajedrez se perdió en la bruma de los siglos y la forma como hoy es conocido deriva de otro itinerario. Si aceptamos la versión del poeta y cronista persa Firdusi, el *chaturanga* habría penetrado en el siglo VI de nuestra era en Persia, donde sufrió diversas modificaciones. En efecto, al llegar a este reino milenario, el *chaturanga* dejó de jugarse con dados, como en la India, y su nombre se convirtió en *chatrang*, que luego los árabes cambiarían a *shatranj*.

Buena parte de la jerga ajedrecística que llegó a nuestros días surgió en Persia, donde el juego tuvo gran apogeo. Así, ‘jaque mate’ proviene de *sha mat*, que significa ‘rey derrotado’.

En España, adonde fue llevado por los árabes, el nombre del juego evolucionó hacia *axatraz* y, más tarde, a *axedrez*, que fue como le llamó el ajedrecista español Ruy López de Segura en su *Libro de la invención liberal y arte del juego de axedrez*, publicado en 1561 y considerado hasta hoy una referencia para los estudiosos.

El nombre antiguo de la torre, el *roque*, registrado aún hoy por el Diccionario de la Real Academia Española como voz antigua, deriva del persa *rukhh*, palabra que significaba roca o atolón, y que luego los árabes utilizarían en la Edad Media para designar a sus carros de guerra.

De ahí proviene el nombre del ‘enroque’: una jugada de rey y torre al mismo tiempo. En ciertos festivales tradicionales de Valencia circula todavía hoy una carroza que se denomina roque, como los carros de guerra de los

persas. El nombre del alfil proviene del árabe *fil* (elefante), pues esta pieza representaba el ala de los guerreros que combatían montados en paquidermos. Curiosamente, en inglés la pieza tiene el nombre de *bishop* (obispo), y *bispo* en portugués, traducido probablemente por los monjes ajedrecistas del medievo.

## ALBANIA

El nombre de este país situado sobre la costa del mar Adriático fue usado por primera vez por Ptolomeo y por Canopo, pero para referirse a una región situada sobre el mar Caspio. En los clásicos latinos, los gentilicios *albanenses*, *albaniaci*, *albanienses* y *albani*, denominaban a los habitantes de las dos Albanias arriba mencionadas, y también a los de la región de Alba Longa, cerca del Lacio.

El nombre de la Albania del Adriático proviene de la raíz celta *alp* (altura), que también está en el origen del nombre de los Alpes; las tres cuartas partes de la superficie de Albania son montañosas, con cumbres entre 2.100 y 2.400 metros de altitud. Los primitivos pobladores de esta región, la antigua Iliria, habían llegado en el Paleolítico y desarrollaron su civilización hacia el comienzo de la Edad del Hierro, hace unos 3.000 años, cuando se asentaron allí los pueblos indoeuropeos. Con el paso de los siglos, el territorio de la actual Albania se dividió en una serie de principados, que en el siglo IV antes de nuestra era acabaron conquistados por Filipo de Macedonia y por su hijo, Alejandro Magno.

Tras la caída del imperio macedónico, se formó en la región el reino de Epiro, que, bajo el reinado de Pirro, declaró la guerra a Roma, la cual todavía no había llegado a

su apogeo y fue derrotada, pero al costo de pérdidas tan considerables que esa guerra dio origen a la expresión ‘victoria de Pirro’.

## ÁLBUM

Aunque los antiguos no conocieron los modernos medios masivos de comunicación, lo cierto es que la necesidad de que las autoridades dieran a conocer al pueblo sus decisiones era la misma que hoy. En Roma, los funcionarios escribían las decisiones de jueces y pretores sobre un panel blanco y encerado, que se colocaba sobre una pared enfrente del Capitolio, llamado *album*, neutro del adjetivo *albus* (blanco).

Este nombre fue retomado durante la Edad Media, se usó en Alemania para designar lo que hoy llamamos ‘libro blanco’ y, a partir del siglo XVIII, se empleó en Francia como nombre de unos cuadernos en los que se había puesto de moda recoger autógrafos de amigos, por lo que se los llamó *album amicorum*. El uso de **álbum** en nuestra lengua está registrado desde principios del siglo XIX; aunque la Academia no lo incluyó en el Diccionario hasta la edición de 1869, con el siguiente texto:

*Libro en blanco (albo), comunmente apaisado, encuadernado con más ó ménos lujo, cuyas hojas se llenan con breves composiciones literarias, sentencias, máximas, piezas de música, firmas y retratos de personas notables, etc.*

## ALBUR

Pez que habita fundamentalmente en las aguas de los afluentes del Mediterráneo, *Alburnus albidus*, tiene unos diez centímetros

de longitud, se alimenta de insectos y vive en la superficie de las aguas dulces. También conocido en España bajo el nombre de origen catalán *mújol* (derivado del latín *múgil, -ilis*), que a veces es confundido con la lisa por su característica de saltar fuera del agua. En la Edad Media, debido a su semejanza con un pez de agua dulce que se halla en el Nilo, llamado *buri*, los árabes de España lo llamaron *albur* (de *al-buri, el buri*), que no tardó mucho en consolidarse en castellano como **albur**.

El hábito del pez de saltar inesperadamente fuera del agua le valió a la palabra que lo designa un nuevo destino, ya que los pescadores la usaban para designar, en el juego de monte, las dos primeras cartas que saca el banquero y que no son vistas por los jugadores. Por esta razón, más tarde, **albur** pasó a ser usado también para referirse a las contingencias o circunstancias de azar a las que a veces se deja librada una determinada iniciativa, como vemos en este ejemplo tomado del diario *El País*, del 16 de enero de 1998:

*De la misma forma que el año pasado jugaron a favor de una inflación menor, en otros periodos pueden hacerlo en contra; todo queda al albur de que llueva o de que el precio del petróleo no se dispare.*

El nombre del pez ya estaba en el *Diccionario latino-español* de Nebrija (1495) y fue usado a fines del siglo XVI por Lope de Vega:

*...este mar pescado que no registren las redes en nuestros humildes platos: el ostión frito y cocido, entre sus conchas guardado como la perla; el albur, la acedía y el robalo; el pámpano entre*

*laureles, y como ternera, asado; el sollo con perejil; el peje espada y el barbo; la lamprea...*

## ALCOHOL

La búsqueda de la belleza por parte de las mujeres ha estimulado numerosas invenciones a lo largo de los siglos hasta llegar a los avances de la cosmética moderna, un ramo que hoy mueve miles de millones de dólares en la industria química y en la publicidad. Tal actividad no podría menos que dejar sus huellas en el lenguaje, en el que la etimología de vocablos como **alcohol** y belladona\* constituye apenas un par de ejemplos de la incidencia de la búsqueda de la belleza en la historia del idioma.

El hábito femenino de ennegrecerse los párpados para embellecerse no es nuevo; los ojos oscuros, u oscurecidos, ya estaban presentes en el modelo de belleza de la Baja Edad Media en los países mediterráneos. Pero como en aquella época las mujeres todavía no contaban con los productos de la cosmética moderna, se valían de un polvo hecho a partir del metaloide antimonio.

Autores castellanos del siglo XIII describían el **alcohol** como ‘un polvillo finísimo de antimonio empleado por las mujeres para ennegrecerse los ojos’ y explicaban que el término provenía del árabe vulgar *al kohól* o *al khul* en árabe clásico, que significaba ‘antimonio’.

El antimonio era largamente triturado para lograr aquel polvillo pero, por los años del Descubrimiento, la palabra ya era usada para referirse también a ‘cualquier esencia obtenida por trituración, sublimación o destilación’. Fue Paracelso el primero



## ÍNDICE

PRÓLOGO	9
PREFACIO	13
A-Z	15



¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en [www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com) y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

# INTERZONA